

RECTOR MAGNÍFICO, autoridades académicas, amigos todos,

Con infinita gratitud asisto hoy a este acto que tan generosamente me ofrece la UBU, como generosas y bellísimas han sido las palabras de Ignacio Fernández de Mata. Nacho ha rastreado en mi biografía con el rigor de un historiador, el sentimiento de un poeta y la sagacidad de un Sherlock Holmes. Pero, sobre todo, ha tejido las palabras con amor hasta ofrecerme una filigrana de recuerdos, dejándome verdaderamente impresionada.

Por ello, mi impulso sería decir GRACIAS, con sinceridad y rotundidad, y reducir a esto mi discurso; pero permitidme además unos minutos para expresar mi profunda emoción.

Tengo la fortuna de vivir esto a mis 76 años, una etapa que disfruto con salud, ilusiones y proyectos. Pero el paso del tiempo es irreversible y cada vez somos más conscientes de que hay un final, y de que nuestro paso por el mundo no dejará huellas, como nos recuerdan estos versos de Borges:

*“Ya somos el olvido que seremos,
El polvo elemental que nos ignora”.*

Vivimos mientras nos recuerdan, suele decirse, pero eso también es finito; y de ahí que el ser humano siempre haya soñado con alguna clase de posteridad.

Además de distinguirme con la placa institucional, la universidad de Burgos no ha podido ofrecerme mejor homenaje que dar mi nombre a un aula y que ese aula esté en la biblioteca, porque los

dos, aula y biblioteca, son espacios fundamentales en mi vida. El aula es un organismo vivo que invita a compartir el conocimiento, a debatir en libertad y a regenerarse con esa juventud que puebla los pupitres mientras tú avanzas en años y arrugas. Cuando el Rector me propuso que esta sala llevara mi nombre, él no sabía (yo se lo dije entonces) que aquí he dado clase a los alumnos de Comunicación Audiovisual, gente particularmente marchosa que necesitaba un espacio como este para presentar sus trabajos. Una feliz coincidencia, porque este lugar está poblado de mis huellas.

La biblioteca es otro de mis escenarios vitales. De niña iba casi a diario a la Biblioteca Municipal de Sama de Langreo porque la lectura era el medio de abrirse a la vida y al mundo, una práctica que sigo disfrutando con intensidad. Pero es que además por la naturaleza de mi investigación, literatura inglesa y literatura irlandesa, me he pasado media vida en esas bibliotecas anglosajonas de madera noble, dentro de edificios de piedra gris rodeados de un césped impoluto. Un paraíso donde los días no tenían horas, las semanas no tenían Domingos y los veranos casi no tenían vacaciones. Hoy sigue siendo para mí un prodigio sentir la soledad balsámica de una biblioteca, rodeada de libros y con el cuaderno y la pluma sobre la mesa.

Pienso que no solo es un gran honor sino también una gran responsabilidad que un aula lleve mi nombre. Tenía la idea, quizá errónea, de que esto suele hacerse a título póstumo, con la ventaja de que el homenajeado no tiene que rendir cuentas de sus méritos. Pero a mí me habéis pillado todavía viva y coleando así que ¿qué puedo alegar, para justificar este reconocimiento?. Nada extraordinario, comenzando por mis muchos errores. De lo único que puedo dar fe es que trabajar en la UBU fue siempre para mí un acto de amor, entendiendo por tal un sagrado compromiso que asumí y cumplí con placer y con orgullo, convencida de que no había tarea más hermosa ni lugar más idóneo para

desempeñarla. Pero, además de un curriculum más o menos meritorio, he procurado cultivar la ética dentro y fuera del aula, porque los profesores universitarios somos un modelo para miles de jóvenes y un referente para la sociedad. Algunos valores como la dignidad, la integridad, la generosidad o la tolerancia, entre otros, deberían ser asignaturas obligatorias y deberían computar tanto como las publicaciones o los sexenios.

Durante largo tiempo las aulas llevaron casi exclusivamente nombres masculinos, porque masculino era el poder que premiaba a los prohombres ilustres. Y se necesitó un largo tiempo y una larga lucha para que las mujeres tuvieran también reconocimiento. Por ello, recibo el mío con humildad pero con mucho orgullo, y con el deseo de que mi nombre represente a todas y cada una de las mujeres que han hecho y siguen haciendo esta universidad, cualquiera que sea su puesto. No necesito decir que ello no resta en lo más mínimo mi gran aprecio por los compañeros varones.

Seguirá la vida, pasarán por este aula muchos usuarios y quizá alguno se preguntará al ver el *Aula Inés Praga Terente* : ¿Quién habrá sido esta tía?. Estoy segura de que encontrará en Internet un curriculum exhaustivo, pero ni la inteligencia artificial más avanzada podría describirle la pasión, la libertad y la alegría que han presidido mi trayectoria, aunque nunca me faltaron los obstáculos. Sirva como anécdota que, en una ocasión, un alumno comparó mi forma de entrar en clase con el cantante Miguel Ríos accediendo al escenario a toda marcha, cantando aquello de “*Buenas noches, bienvenidos, hijos del Rock n’ roll...*” Una comparación exagerada, por supuesto, pero que yo recibí como un halago porque, al haber sido muy aficionada a los conciertos, conozco las buenas vibraciones que allí se producen y se comparten.

Agradezco infinitamente vuestra presencia aquí, en un momento tan emotivo que las ausencias se hacen notar mucho. Cuánto les hubiera gustado ver esto a mis padres y a mi marido, a los que nombro y recuerdo con emoción delante de mis hijos, Silvia y Jaime, y de mi nieta Brianda, aquí presentes. Otro recuerdo emocionado para Federico Sanz y Juan José Molinero, compañeros del alma que nos han dejado hace poco, así como otro querido colega irlandés, Terence O'Reilly, de University College Cork. Tres vacíos y tres penas más en el corazón.

Quiero finalizar deseando larga y feliz vida a la UBU, a todos vosotros y a este aula que desde hoy lleva mi nombre. “ *Es mejor el buen nombre que las muchas riquezas*” dice la Biblia (Proverbios 22), y ojalá el mío sea digno de esta querida institución. Confieso que no albergo ninguna esperanza de inmortalidad, pero admito complacida que la calidez y la trascendencia de este acto ha invalidado la profecía borgiana de que “ *ya somos el olvido que seremos*”. Porque esta placa de la UBU, que siempre irá conmigo, lleva inscritos de forma imborrable el reconocimiento y el afecto que me habéis demostrado.

Yo solo tengo dos palabras para corresponderos, y las pronuncio con solemnidad y con el corazón .

GRACIAS Y HASTA SIEMPRE.

Inés Praga Terente

23 de Noviembre de 2023.

